

Publicado como «Epílogo» al libro *Islas la Isla: Poetas canarios emigrados a Cuba / Poetas canarios de ascendencia cubana* (estudio, selección y notas de Javier Cabrera). Gobierno de Canarias: Viceconsejería de Cultura y Deportes, 2003: 389-399.

## LA DÉCIMA ENTRE CANARIAS Y CUBA, UNA POESÍA DE IDA Y VUELTA

**Maximiano Trapero**

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

No podría escribirse un libro sobre la relación o influencia de la poesía canario-cubana o cubano-canaria sin que en él se incluyera un capítulo dedicado a la décima, ya sea ésta en su modalidad de escrita u oral, y en este segundo apartado, tanto en su condición de poesía «memorial», tradicional, como de poesía improvisada. Cada una de estas modalidades tiene sus propias características y se practica, además, por gentes y en condiciones diferentes, como diremos, pero que en cualquier caso constituye un mismo modelo formal.

Bien se sabe que la décima se ha convertido en la estrofa «nacional» de Cuba, tal como dijo en su día Mirta Aguirre, precisamente en un décima sintética y definitoria:

Décima es caña y banano,  
es palma, ceiba y anón,  
décima es tabaco y ron,  
café de encendido grano.  
Décima es techo de guano,  
es clave, guitarra y tres.  
Es taburete en dos pies  
y es Cuba de cuerpo entero,  
porque ella nació primero  
y nuestro pueblo después.

Que la décima es a Cuba lo que el romance a España, según comparación de Jesús Orta Ruiz; que la décima es la estrofa preferida, el metro omnipresente cuando de expresión poética se trata, y que como tal la han practicado tanto poetas cultos como poetas populares; y, en fin, que la décima es la estrofa única que señorea por todos los campos de Cuba cuando de *canturía* y de *repentismo* se trata, siendo allí ese arte manifestación cotidiana y común.

No ha tenido ni tiene, sin embargo, la décima en Canarias esa misma importancia que en Cuba, y mucho menos como estrofa usada en la escritura y por los poetas «cultos», pero sí mucho más que la que tiene o haya tenido nunca en ninguna otra región española, sobre todo en la modalidad de «poesía popular». En este sentido (como en otros varios), Canarias es región que está a medio camino entre la Península y el Continente Americano, y aun me atrevería a decir que es más hispanoamericana que simplemente española. Como prueba de ello podríamos coger un *Cancionero* de cualquier país hispanoamericano, una nutrida colección de poesía popular, para cerciorarnos de que la décima ocuparía allí la mayor parte de sus páginas. Si por el contrario cogiéramos un *Cancionero* de España o de cualquiera de sus regiones peninsulares sus páginas las encontraríamos llenas de romances, de coplas y de otro tipo

de estrofas menores, pero ni de una sola décima. Y en medio de la «selva» americana y del «desierto» español, si el *Cancionero* fuera de Canarias, las décimas compartirían sus páginas con los romances y las coplas. Y como en Canarias la tradición sigue siendo rica no es nada extraño oír y oír décimas y décimas cuando se hace una encuesta de campo preguntando por «literatura oral». La décima popular ha tenido modernamente un cultivo tan intenso en Canarias que compite en preferencias con las otras estrofas y formas poéticas de la tradición. Valga decir que incluso ha desplazado al romance en la narración de acontecimientos modernos locales o foráneos (un naufragio, un crimen, una historia de amor...), y que se usa con predilección cuando de creación se trata. Y lo cierto es que cuando hay un buen decimista local sus versos lo inundan todo y sus décimas se superponen a las demás formas poéticas, porque los transmisores de la literatura popular las aceptan y las juntan a las otras de tradición más antigua.

Sobre el origen español de la décima no puede haber la menor duda, como tampoco de que el proceso de «folclorización» de la espinela, tal como se manifiesta hoy, tuvo lugar en América. Pero falta por estudiar cómo fue y cuándo se produjo ese proceso. Lo curioso y cierto es que los propios decimistas improvisadores actuales han aceptado todos esos hechos y los manifiestan de continuo en sus intervenciones improvisadas, bien que cada uno a su manera, poéticamente, hablando de ese origen, del viaje que la décima emprendió y del acriollamiento inmediato que tuvo. Especialmente de ello cantan y cantan los repentistas cubanos. Por ejemplo, Jesusito Rodríguez cantó una vez en Las Palmas sobre su creador Espinel y su origen andaluz:

Málaga, mano de miel,  
nueve meses esperó  
y en una estrella le abrió  
las pupilas a Espinel.  
La décima puso en él  
su cauce de amor profundo  
y hoy en la copa del mundo  
para que bebiendo siga  
nuestro «Habana Club» se liga  
con su «Felipe Segundo».

Y Omar Mirabal, pareja de Jesusito en aquel mismo acto, continuó:

La décima que describe  
un paisaje momentáneo  
zarpó en el Mediterráneo  
para anclar en el Caribe...

Sobre su travesía, cantó otra vez, también en Las Palmas, Raúl Herrera:

La décima hizo su viaje  
sin maletas ni baúles  
en las jorobas azules  
del camello del oleaje...

Y le siguió de inmediato su compañero de entonces Virgilio Soto:

La décima en su momento  
fue a Cuba en una avellana  
y una guayaba cubana

le brindó su alojamiento.  
En vez de teja y cemento  
buscó la tabla y el guano...

En fin, sobre el acriollamiento de la décima en Cuba se ha hecho justamente célebre la décima del «Indio Naborí»:

Viajera peninsular,  
¡cómo te has aplanado!,  
¿qué sinsonte enamorado  
te dio cita en el palmar?  
Dejaste viña y pomar  
soñando caña y café  
y tu alma española fue  
canción de arado y guataca  
cuando al vaivén de una hamaca  
te diste a «El Cucalambé».

Eso dicen los repentistas cubanos. Pero, a la vez que ellos la hacen cubana, los mexicanos la quieren mexicana; y los argentinos, argentina; y los chilenos, chilena; y los puertorriqueños, boricua; etc. y todos la hacen propia. Mejor será hacerla de todos, española e hispanoamericana, hispánica al fin, como propuso el poeta canario Pedro Lezcano, también en Las Palmas, con motivo de un Encuentro Iberoamericano sobre la Décima, en 1992:

Aunque el poeta inventor  
fuera Vicente Espinel,  
la décima ya no es de él,  
sino del pueblo cantor.  
Si la inventó un ruiseñor  
o si la plantó un isleño  
o si fue un margariteño  
quien le dio la picardía,  
como no es tuya ni mía  
nos tiene a todos por dueño.

Hasta aquí nada de particular que haga vinculante la realidad decimística cubana con Canarias. Pero es que sobre este particular está también muy extendida y muy asentada entre los repentistas cubanos y aun en la especulación teórica la creencia de que la décima que se instaló en Cuba, al menos la décima cantada y popularizada, tenía un origen canario. Y ello es indudable cuando examinamos determinadas décimas que andan en la tradición cubana, como la que recogí de labios de la madre de Virgilio López Lemus (poeta aquí antologado), hija de padre gomero, que habla de «retamas», planta desconocida en Cuba pero común y del todo recurrente en la lírica canaria:

Triste está mi corazón  
porque el tuyo no me ama,  
triste como la retama  
cuando se le cae la flor.  
Triste muero por tu amor,  
hermosa prenda querida.  
Si no estás comprometida  
quiero ser correspondido,

que yo sabré decidido  
atenderte en esta vida.

Y de la sangre canaria y de la procedencia canaria de la décima y el laúd tratan muchas de las composiciones que hacen los poetas cubanos, como la siguiente décima de Reinaldo Gil González «Papito»:

En las canas de mi hogar  
hay una lección añeja  
junto a un laúd que no deja  
anécdotas de contar.  
La historia nos ve pasar  
llevando el bien de la mano,  
recitando un meridiano  
de versos en un arrullo:  
¡Qué orgullo, pero qué orgullo  
es ser canario-cubano!

Es decir, que, desde este punto de vista, la décima en Cuba, y específicamente el *punto cubano*, no son propiamente creaciones cubanas, sino canarias. Fueron los primeros emigrantes —dicen quienes mantienen esta teoría— quienes llevaron allá esa forma peculiar de cantar la décima, y que allí se constituyó como género típicamente cubano y campesino —y se le llamó entonces *guajiro*—. Por lo que explica, según dicen algunos investigadores cubanos, que sean precisamente los lugares y las provincias de mayor inmigración canaria donde con mayor intensidad vive la décima de tipo popular, especialmente en su modalidad de poesía improvisada. Y así, según Jesús Orta Ruiz (el «Indio Naborí»), la geografía cubana del tabaco y de los frutos menores coincide exactamente con la geografía de la décima y las tonadas campesinas: las provincias de Pinar del Río, de La Habana, de Matanzas, de Las Villas, de Sancti Spiritus, de Ciego de Ávila... De tal forma que en regiones como Sancti Spiritus y Morón, en que el tabaco, con sus canarios, y la caña, con sus negros, se han compartido históricamente las tierras, vemos producirse el mestizaje instrumental de la música campesina. Más aún —sigue diciendo Orta Ruiz—: si se hiciera el árbol genealógico de los más famosos decimistas cubanos de nombre conocido se vería que la muchos de ellos son de ascendencia canaria. Hijos o nietos de canarios fueron Pedro Guerra, José Marichal, José Othón, Ángel Valiente, el propio «Naborí», Patricio Lastra, Gustavo Tacoronte, Alejandro Aguilar (llamado «Sinsonte Matancero»), Chanito Isidró... Y de entre las generaciones más jóvenes, también descienden de canarios emigrados Luis Martín, Raúl Herrera, Francisco Pereira («Chanchito»), Jesusito Rodríguez, José Antonio Díaz, Amado García y un largo etcétera. Eso por lo que se refiere a decimistas nacidos en Cuba. Pero hubo otros famosos poetas que nacieron en Canarias y que emigrados a Cuba sobresalieron entre los mejores repentistas de allí, como fueron el palmero Manuel Jiménez Triana («El Cuquillo») y el gomero José Hernández Negrín.

La creencia en la dirección canario-cubana de la décima cantada no sólo se mantiene entre los *repentistas* cubanos, también es materia de fe entre los *verseadores* canarios. Y así podríamos citar dos décimas que surgieron también improvisadas entre el gomero Francisco Arteaga y el palmero Miguel Rocha, cantando que estaban a la décima y a la condición emigrante del canario:

**Francisco Arteaga**  
Palmero, la población  
de mi tierra adolatrada  
lleva en el alma colgada

la cruz de la emigración.  
Quizás Cristóbal Colón,  
el eterno navegante,  
sin querer, en el instante  
de verla por vez primera,  
sembró sobre La Gomera  
el sueño del emigrante.

**Miguel Rocha**

Quiero rendir homenaje  
a los poetas de ayer  
que supieron mantener  
la décima en su mensaje.  
Después de cambiarle el traje  
andaluz con el que vino,  
el tiempo le hizo camino  
para extender sus raíces  
por los distintos países  
que llevan nombre latino.

Nada vamos a objetar aquí a esta creencia, pues es cuestión que requiere todavía de estudios particulares, pero, desde luego, los argumentos podrían volverse al revés y plantearse en sentido contrario: que la décima, una vez constituidos ya su forma musical y los instrumentos con que se acompaña, de Cuba regresó a Canarias. La teoría «del retorno» de la décima de Cuba a Canarias la han defendido también otros estudiosos, entre ellos Samuel Feijóo. Los emigrantes canarios que retornaron a las Islas entre la segunda mitad del siglo XVIII y primera mitad del XX fueron portadores de las costumbres típicas aprendidas y practicadas en Cuba, entre ellas, la décima, ya formada como canto popular, tanto para la improvisación como para la poesía tradicional de asunto vario. Y a su tonada e instrumentación se llamó *punto cubano*, o *punto guajiro*, o, simplemente, *punto*.

Aunque, bien mirado, y hablando con prudencia, la décima cantada canario-cubana o cubano-canaria debe ser considerada como un género «de ida y vuelta», y no tan solo «de ida», ni tan solo «de vuelta». Nada tiene ello de extraño, dada la especial vinculación de Canarias con Cuba, desde el momento mismo de la Conquista y que ha continuado sin interrupción hasta el comienzo de la Revolución. Porque es lo cierto que la manera que tienen los *guajiros* cubanos de cantar la décima, los que lo hacen a la manera más antigua, sin dejarse contaminar por la forma de «tonada libre» que se ha impuesto de forma avasalladora modernamente en todo el país, lo hacen exactamente igual que los campesinos canarios. Y éstos, cuando no se dejan influir por las maneras más rápidas y de virtuosismo instrumental que se están imponiendo en Canarias por influencia de la «tonada libre» cubana, cantan lento, con una melodía arcaica, casi declamando, ajustándose estrictamente al ritmo fijo de la música, igual que lo hacen los *guajiros* cubanos.

Mirando esta realidad desde la orilla americana, hasta el primer autor de la literatura cubana habría que retrotraerse para buscar los antecedentes «canarios» de la décima en Cuba: en décimas —aunque no precisamente espinelianas— está escrito un «motete» final de *Espejo de Paciencia*. Y su autor, Silvestre de Balboa, era canario de Las Palmas. Pero si hubiera que citar a uno solo de entre los poetas cubanos de ascendencia canaria que usaron la décima, ése sería, sin duda, José Martí, hijo de canaria. No fue improvisador, pero sí excepcional poeta que escribió algunas de las décimas más celebradas de la literatura cubana. Pues precisamente a José Martí, a su madre tinerfeña Leonor Pérez Cabrera y a la hermandad entre los dos pueblos cubano y canario, escribió el «Indio Naborí» la siguiente décima, síntesis perfecta de dos historias interrelacionadas:

Una canaria en Martí  
nos dio un genio visionario  
y del cuchillo canario  
salió el machete mambí.  
Unimos trigo y maní,  
aguardiante y vino de uva;  
y por tanto amor que incuba  
esta unión de corazones,  
no son siete los *Montones*:  
ocho son contando a Cuba.

Y viendo la realidad desde la orilla «de acá», desde Canarias, me parece a mí incuestionable que la tradición actual de la décima en Canarias está vinculada al fenómeno de la emigración cubana de finales del XIX y de principios del siglo XX. De la emigración y del retorno, desde luego. La manera de cantar hoy las décimas en Canarias no sólo es cubana, es que lo es incluso el nombre que lo designa: el *punto cubano*. Y lo son también infinidad de décimas que andan sueltas en la tradición oral de Canarias y que hablan de Camagüey, de Matanzas, de Cienfuegos, de Santiago, de La Habana, de Pinar del Río... Hoy cualquier canario que cante o haya oído cantar décimas conoce por aproximación la geografía de Cuba, porque su toponimia ha quedado fijada entre los versos que los emigrantes «isleños» trajeron de allá.

Innumerables ejemplos se podrían citar al respecto, pero elegiré uno especialmente significativo: las décimas compuestas dedicadas al hundimiento del Valbanera. El Valbanera fue uno de aquellos barcos especialmente dedicados a la emigración española con el Caribe. Su derrota habitual partía desde Barcelona, haciendo escala en varios puertos del Mediterráneo, y especial parada en varios puertos de Canarias, hasta acabar en Puerto Rico y Cuba. Hasta que le llegó su mala hora, fue en 1919: después de dejar a cerca de un millar de emigrantes en los puertos de San Juan de Puerto Rico y de Santiago de Cuba, continuó su viaje hasta La Habana con algo más de 500 pasajeros emigrantes, muchos de ellos canarios. Pero nunca llegó a su destino: se hundió literalmente «tragado por las aguas», víctima de un ciclón, cuando había sobrepasado ya la línea de Matanzas y se disponía a entrar en el puerto de La Habana. Aquel acontecimiento, como es lógico, impresionó sobremanera tanto a cubanos como a canarios. Y un poeta anónimo, también como era costumbre ante accidentes de tales dimensiones, compuso de inmediato un relato en décimas sobre *El hundimiento del Valbanera*. No sabemos quién fuera aquel autor, ni siquiera si era cubano o canario, aunque bien informado estuvo de lo sucedido, pues en su relato se hacía alusión a hechos ocurridos en los puertos canarios y especialmente entre pasajeros que iban con destino a La Habana y que por determinadas circunstancias decidieron desembarcar en Santiago, por lo que, a la postre, se salvaron. Así empezaba el relato:

Septiembre, día memorable  
de mil nueve diecinueve,  
el público hoy se conmueve  
en un caso irremediable.  
La familias apreciables  
de alta y de baja esfera  
preguntan por donde quiera  
todo el día sin cesar  
si se sabe en qué lugar  
ha parado el Valbanera.

No sabemos quién fuera el autor, pero sí que las décimas se hicieron en Cuba y que de

inmediato vinieron a Canarias, seguramente en pliegos o en copias manuscritas. Lo cierto es que circularon con tal profusión en Canarias y se popularizaron de tal forma que hoy constituyen uno de los relatos en verso más representativos de la tradición oral canaria, mucho más, desde luego, que de la cubana, en donde casi se han olvidado.

A decir verdad, la décima ha llegado a desempeñar las mismas funciones en una y otra orilla del Atlántico, y tanto en su modalidad escrita como oral, pero no, desde luego, en las mismas proporciones ni menos con los mismos niveles artísticos. Sin duda alguna la décima ha alcanzado en Cuba unas cotas literarias muy superiores a las que tiene en Canarias, y esto debido probablemente a la intensidad de su cultivo. Ya no hablamos aquí de la décima escrita, que ha sido estrofa preferida por los más de los excelentes poetas que la Gran Antilla ha tenido, y eso desde el siglo XVIII hasta hoy mismo, cuando en Canarias (y en España, en general) la décima ha sido metro en decadencia hasta casi desaparecer. Hablo aquí de la décima como estrofa de la improvisación poética, la décima como *punto cubano*. En esta modalidad, la décima que se ha improvisado en Canarias hasta hoy ha sido prioritariamente referencial, narrativa y prosaica, más irónica que «poética», y siempre festiva. Por el contrario, la décima que se ha impuesto en la práctica repentista de Cuba, sobre todo después de la «revolución naboriana» de los años 40 del siglo XX, ha sido esencialmente «literaria»: creo que en ningún lugar de América (y, por lo que conozco, en ningún otro lugar del mundo) se practica una décima improvisada tan cargada de recursos literarios, tan intencionadamente «poética» como en Cuba. Y eso no sólo en la voz de unos pocos a quienes la naturaleza dotara del raro don de la poesía y, a la vez, del más raro talento de la improvisación. Sino que en Cuba son legión, y de todas las edades: desde la generación mayor de Naborí, Pablo León, Adolfo Alfonso y Orlando Laguardia (por citar solo a cuatro de los más grandes, aun vivos, todos de más de 80 años), pasando por las generaciones intermedias de Jesusito Rodríguez y Omar Mirabal, Ernesto Ramírez, Raúl Herrera, Jesús («Tuto») García y Julio Martínez (cercanos a los 50 años), y la más joven (de entre 30 y 40 años) de Alexis Díaz-Pimienta, Tomasita Quíala, Juan Antonio Díaz, Emiliano Sardiñas y Luis Paz («Papillo»), hasta llegar a la espléndida generación que ahora está en la plenitud de sus 25 a 30 años, con nombres como los de Irán Caballero, Luis Quintana, Noel Sánchez, Yordani Romaguera y Héctor Gutiérrez, y finalmente a la generación más joven, con menos de 20 años, que tiene al todavía adolescente Leandro Camargo como a un caso excepcional de precocidad y de genio poético. Valga como única muestra una décima de quien no aparece en la anterior relación, por haber muerto prematuramente, pero considerado como uno «de los grandes» repentistas de los últimos años, Francisco («Chanchito») Pereira, descendiente de canarios, a quien en el momento de su entierro los repentistas todos de Cuba le cantaron, a modo de endecha, una décima cada uno, formando entre todas un conjunto impresionante que es más que un jardín de espinelas. La décima que traemos aquí de «Chanchito» Pereira la improvisó en una de sus infinitas *canturrias*, para resaltar la carencia extrema en que pasó su infancia:

Yo no vi cuando chiquillo  
más restaurán que el trabajo  
que daba subirse a un gajo  
de mango o de mamoncillo.  
Sobre temprano rocillo  
tuve que hacerme jinete.  
Y más allá del machete  
y el fuego del mediodía  
no sentí en la mano mía  
la caricia de un juguete.

Hubo un género de décima muy particular que tuvo en Canarias una gran importancia en el momento en que la emigración a Cuba estaba en su máximo apogeo, y muy especialmente en la isla de La Palma, quien más que ninguna otra «se vació» en Cuba: la décima como género epistolar. Se llegó a decir que en La Palma, a finales del XIX y principios del XX, las únicas cartas que llegaban procedentes del extranjero eran de Cuba. Las que llegaban y las que salían. Y lo más curioso: escritas en décimas. Así escribía una madre palmera a su hijo emigrante:

Qué desconsuelo tan fuerte  
para esta madre angustiada  
que llora desconsolada  
quizás sin volver a verte.  
Dios te enfiorezca la suerte  
a medida de tu anhelo;  
muy triste es mi desconsuelo  
por no verte aquí en mi hogar:  
volaste del palomar,  
mi querido pichonzuelo.

En décimas se mantuvieron también innumerables romances entre la muchacha que se quedó y el joven que marchó en busca de una mejor vida, unas veces para declarar su amor, otras para manifestar el desasosiego que la distancia produce:

#### **El novio**

Dime, Esperanza, por qué  
no me quieres escribir  
sabiendo que yo por ti  
es todo mi padecer.  
Seguro que tú has de tener  
otro nuevo pretendiente  
y ríes porque estoy ausente;  
pues yo volveré a acercarme  
para contigo casarme  
y ser tuyo para siempre.

#### **La novia**

Yo tus décimas leí  
con placer y atención,  
en mi noble corazón  
tus palabras recibí.  
En tus renglones leí  
cómo te hallas resentido;  
creo no haberte ofendido  
en nada absolutamente,  
porque a otro pretendiente  
mi amor no ha correspondido.

Y hasta en décimas se establecieron muy celebradas controversias entre amigos, claro que por escrito y necesariamente «en diferido», tomando cada uno de ellos un papel simbólico, el del canario y el del sinsonte, que rivalizan en el canto. Aquí, José Hernández Negrín —el emigrado— representa al sinsonte, mientras que Manuel Rolo —permanecido en La Gomera— representa al canario:



### **El sinsonte**

Canario, por mis metales  
me llaman sinsonte grato,  
yo encuentro de rato en rato  
cristalinos manantiales.  
Me brindan los vegetales  
sabrosísimas comidas  
y en el jardín de la vida  
lanzo envidiable gorjeo,  
donde bien contemplo y veo  
todas tus glorias perdidas.

### **El canario**

Sinsonte, grande es tu error  
al brindar tanto trofeo:  
yo soy canario y me creo  
más que tú merecedor.  
Tú eres pájaro cantor  
pero tu historia no brilla;  
mi pluma que es amarilla,  
tan linda y tan delicada,  
forma una insignia sagrada  
del pabellón de Castilla.

En fin, no todas las décimas que andan en la tradición oral de Canarias y de Cuba son modelo de poesía, como tampoco lo son las que se improvisan en una *canturía* o por cualquier circunstancia, pero ¿es que acaso los son todos los poemas que salen de la pluma de autor habiendo tenido éste el tiempo detenido a su disposición para corregirlos, enmendarlos o incluso desecharlos? Pues éstos, en todo caso, no tienen otra representatividad que la meramente individual de su autor, pero las décimas que viven en la tradición son sentimiento y expresión de una colectividad, de un pueblo entero, y las décimas que nacieron improvisadas en la *canturía* lo fueron para cumplir la función de una comunicación inmediata con el público oyente, y muy posiblemente lograron el efecto de una emoción, motivo suficiente para la poesía, para la verdadera poesía.